
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Raúl Antelo

Cuando en la hora fuera de la hora circunstancial de componendas e intercambios hispanoamericanos se reúnan, en una antología, las voces más poderosas de la literatura en castellano, Oliverio Girondo dará evidencia de América con el envidiable título de precursor. Es, al menos, lo que vaticinaba su amigo Ramón Gómez de la Serna. Hoy, medio siglo ya pasado, el autor de *En la masmédula* se nos presenta, en cambio, y tal vez con mayor propiedad, como el último escritor.

César Aira argumentó, recientemente, que siendo la literatura mera generalización de singularidades, hemos llegado al extremo de que su práctica interesa a cada vez menos gente, quizás a un único y último destinatario, con lo cual la literatura se ejerce, solitaria, como lectura, es decir, funciona como una bisagra secreta entre la biografía (individual, del autor o el lector) y la historia (colectiva y cultural).

La Historia ha hecho que hoy la literatura acentúe su costado minoritario hasta volverla un asunto limitado al círculo de mis intereses personales y nada más; desde la otra punta, yo, por mi parte, soy el que hago esta interpretación desengañada de la Historia. En mí es a la vez una aceptación de la Historia, y una salida de ella. Aceptarla, para huir; como si hubiera una necesidad mutua de ambos gestos; al historizar mi vida, la saco de la Historia; o, al revés: sólo al sustraerme de la Historia puedo reconocer plenamente su existencia y su dinámica. Este reconocimiento-apartamiento se hace en nombre de la felicidad, y dadas las premisas, ésta no puede pensarse en términos individuales. La cultura, creación colectiva por excelencia, anula así su capacidad de proveer una felicidad cortada a medida, su don de poder salvar a uno solo de la catástrofe general.¹

La literatura nos brinda una actitud frente al desastre.

¹ César Aira, «El último escritor», *El banquete*, a. 1., n° 1, Córdoba, oct. de 1997, p. 12.

Simultáneamente por eso primero y último de los escritores, flor doble, como quiso también Ramón, de América, la nueva, y de la más antigua y mejor España, Oliverio Gironde nos propone una peculiar forma de felicidad: la gaya barbarie. Como toda poética del cansancio, la suya es doble. Ya lo señaló Mariátegui: el bordado es en ella europeo pero la trama es criolla. Y, coherentemente, esta edición crítica de la *Obra completa* de Oliverio Gironde no puede sino mimetizar el mismo objeto al que se aplica. Su trabajo, en efecto, se arma, verticalmente, en torno a la aprehensión diacrónica de un proceso de escritura en un entorno histórico y cultural dado pero, al mismo tiempo, opera, horizontalmente, captando la sincronía que los signos textuales y paratextuales establecen con otras series contemporáneas. Una nos da la urdimbre genética, específica; la otra, la trama del tejido cultural en que se inserta. Como últimos lectores, gozamos, al menos, del privilegio intempestivo de una gaya barbarie: ofrecer, a quien nos lee, un escritor inaugural con las primicias del recién llegado. Esa transgresión se nutre de la disciplina genética.

Muchas colaboraciones se hicieron necesarias, para que este trabajo llegase a término. La de críticos-poetas a los que se les encargó el desafío de releer a Gironde: Delfina Muschietti y Adriana Rodríguez Pérsico, de la Universidad de Buenos Aires; Jorge Schwartz de la Universidad de São Paulo; Francine Masiello, de la de California, en Berkeley; Rose Corral, de El Colegio de México; Trinidad Barrera, de la Universidad de Sevilla; Roxana Páez, de la Universidad de La Plata; Adriana Armando y Guillermo Fantoni, de la Universidad Nacional de Rosario. La de poetas-críticos envidiables; Tamara Kamenszain, Arturo Carrera, Régis Bonvicino. La de una investigadora certera y erudita, Patricia Artundo, autora del suplemento visual; la de un dedicadísimo auxiliar de investigación, Jorge Wolff; la de Ana Cecilia Arias Olmos que tradujo el ensayo de Masiello; y la de tantos colegas que aportaron su contribución, Antonio Melis, Adolfo Nigro, Beatriz Antelo, muchos... De modo especial, quiero registrar nuestro reconocimiento a Susana Lange de Maggi, quien, desde un principio, nos acogió de brazos abiertos, franqueándonos el acceso a su archivo y recuerdos.

Entre el poeta que descubrí en edición más-que-tranviaria, la del Centro Editor de América Latina, en los claustros del Nacional, y éste, que hoy presentamos con todo el aparato de la crítica genética, todo tipo de fortuna se interpone. Ojalá pueda esta obra suscitar la atracción de los irisados vidrios antiguos o del espectro abismal de una copa de absinto: «la fugaz y emocionante historia de setecientos mil crepúsculos y auroras».